

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 80.—1.º de Julio de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan  
Epíst. I, 4, 8.)*

## LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

*Carta treinta y cuatro.*

Apreciable Juan: Hoy debemos ocuparnos de la *autoridad* que sueles personificar en uno ó muchos hombres que mandan.

Si la humanidad anduviera, aunque despacio, sin volver atrás, estaría ya muy adelante; pero es el caso que por avanzar sin prudencia, retrocede sin tino, como viajero que no tiene guía ó navegante que carece de brújula. Acciones y reacciones; saltos en direcciones opuestas; en prueba de que dos y dos no son seis, sostener que hacen cinco, es lo que se ha observado en todos tiempos y puede observarse en el nuestro. Combatir un estravío con otro y un error con el opuesto, no es el camino que enseña la lógica, pero suele ser el de la pasión, y por eso se tarda tanto en comprender la verdad y en realizar la justicia.

Hay épocas en la historia (y la nuestra es una de ellas), en que todo raciocinio parece engendrado por una reacción, y en que todo mal quiere *cortarse de raíz*. En esto de *desarraigar* modos de ser de la sociedad, es necesario, Juan, reflexionar un poco, para no estraviarse mucho. En primer lugar, ten muy en cuenta que una cosa absolutamente mala, es decir, sin mezcla ninguna de bien, es difícil que sea institución social, y mas que se perpetue tan difícil, que solamente como excepción rara puede citarse en la historia.

Alguna vez se apodera de los hombres una especie de vértigo, ó se sienten acometidos de epidemia moral; pero esto, como te digo, es raro: lo que comunmente sucede es que todas las cosas que han

sido tuvieron, no solo su *motivo*, sino su *razon* de ser, y que han producido una suma mayor ó menor de bienes.

La primera consecuencia de esta sencilla verdad, comprobada por la historia, es hacernos justos con las cosas y con las personas, no despreciarlas, aunque procuremos suprimir instituciones que tuvieron su utilidad y su justicia, ni mirar como malvados ó como locos á los que pretenden sostenerlas. Con esto nos colocaríamos en una region serena para juzgar y ser juzgados con imparcialidad; purificaríamos la atmósfera de las emanaciones de la ira, que como el humo de la pólvora, no permite ver claro á los combatientes, y seríamos razonables, precisamente porque no creíamos tener toda la razon. Cuando negamos á otro la suya, él nos niega la nuestra, y de este encadenamiento de negaciones resultan las luchas tenebrosas, en que se apaga la antorcha de la verdad y se toma por arma la injusticia.

La segunda consecuencia de no creer que los hombres han carecido de inteligencia y de sentido moral hasta ahora, es tener esta duda. Tal institucion, que fue *buen*a en su tiempo, ¿conservará todavía algo *bueno* aplicable al nuestro? ¿Puesto que el bien en la esencia es siempre uno mismo y solo varía en la forma y condiciones, variando estas no podemos continuarle, como se hallan despues de un incendio los metales preciosos que el fuego ha podido hacer cambiar de forma, pero no destruir? Esta razonable duda daría lugar á la reflexion y serviría de freno á las impaciencias que creen ó se conducen al menos como si creyeran, que el modo de llegar primero á un punto es arrojarse por un precipicio que está en la línea mas corta.

Y aunque se trate de cosas absolutamente perjudiciales, al estirparlos, es locura prescindir de los que las tienen por útiles. El árbol del mal da peligrosa sombra, y ¡ay! del que pretenda *desarraigarle* sin *podarle* primero!

Antes de querer variar una institucion en la realidad, es necesario cerciorarse bien de que está desacreditada en la opinion. No basta que sea errónea para que la tentativa se justifique: el error se encastilla: los que suben al asalto sin estar practicable la brecha quedan en el foso, y los que lo mandan, responsables son ante Dios y la historia de aquellas vidas.

Pero supongamos que una institucion es ya absolutamente mala; que está suficientemente desacreditada, que ha llegado el momento de suprimirla. ¿Crees que porque debe destruirse sin *demora*, puede derribarse sin *precaucion*? Ya sabes lo que se hace con una casa vieja. Aunque esté *denunciada*, no deja de estar en pié; sus materiales no desaparecen desde el momento en que se declara que allí son inúti-

les; cohesión mayor ó menor tienen unos con otros, y fuerza tendrán al caer que aplastará al que sin las debidas precauciones quiera echarla por tierra. Yo he visto ruinas de antiguos castillos que eran un verdadero peligro para la población, sobre la cual amenazaban desplomarse, pero que no se podían derribar sin gastar bastante dinero y encomendar la obra á persona muy entendida. Lo mismo que con las ruinas de las obras materiales del hombre, sucede con las del orden moral; si son grandes y antiguas, para que no se desplomen con ruina, hay que apearlas con inteligencia. Detrás de la almena no está el hombre de armas; cierto, pero la piedra al caer es una fuerza y mata. En lo moral y en lo físico tenlo presente, Juan, aunque de derribar se trate, que es preciso hacerlo con regla, orden y medida, si no ¡pobres operarios!

Derribada una institución hay que sustituirla con otra; la sociedad, como el hombre, necesita albergue, y el albergue suyo y su condición de existencia, es la justicia, que ha de reinar en todas las esferas de la vida y formularse en las leyes, que un poder, llámese como se quiera, debe hacer cumplir. ¡Contradicción singular! Al mismo tiempo que se quiere investir al Estado de una monstruosa dictadura económica, haciéndole gerente único de la producción, se le niega la autoridad indispensable, no ya para que sea fuerte y poderoso, sino para que exista ni aun débil y miserable. Parece como una burla, Juan, que te digan al mismo tiempo que el Estado va á darte derecho al trabajo y ser el único capitalista y el solo juez del mérito y distribuidor de los productos, con todas aquellas cosas mas que quiere el socialismo que haga el Estado, para lo cual no le bastaría la omnipotencia, y que al mismo tiempo te inciten á rebelarte contra toda autoridad y á combatir todo gobierno. Esto no se explica por las leyes del raciocinio sino por los cálculos culpables de intereses egoístas, por los impulsos de la ira, y por los retrocesos de la reacción.

¿El capital no ha hecho todo lo que debía? Suprimir el capital.

¿La organización de la familia es defectuosa? Suprimir la familia.

¿Se han cometido abusos invocando la religión? Suprimir la religión.

¿Los gobiernos no cumplen bien? Suprimir el gobierno.

A un cúmulo de males una serie de negaciones: á esto se quiere dar el nombre de reforma y de progreso, como si el organismo social no fuera una grande, á veces una terrible, afirmación, á la que no es posible sustraerse suprimiendo los elementos de la realidad. Estos elementos, fatales para el que nada cree, providenciales para

el que tiene alguna creencia, pesan sobre todos, como el sol brilla igualmente sobre los ciegos que sobre los que ven la luz.

El gobierno es una necesidad *absoluta* de la sociedad; la forma puede variar, la esencia es de ley natural, y por consiguiente indestructible. Pero ¿qué es el gobierno? Obligado á responder, tal vez darias una definicion en el fondo como la siguiente: GOBIERNO, unos cuantos hombres de fama equívoca, desacreditados tal vez, que sacan contribuciones, alistan soldados, prohíben algunas cosas malas que se hacen, y mandan algunas buenas que se dejan de hacer. Sin que yo niegue que en alguna circunstancia la definicion pueda tener mucho de verdad, ni sostenga que nunca sea toda mentira, te advertiré que las cosas han de juzgarse por su esencia y no por la forma que en determinadas circunstancias puedan tener. Ahora, reflexionemos un momento en el por qué el gobierno es una necesidad.

Todo lo que tiene vida tiene *organizacion*, y tanto mas complicada cuanto el sér es mas perfecto. Un monton de tierra, si el viento no la lleva, si el agua no la arrastra, si la mano del hombre no la traslada ó trasforma, inmóvil é idéntica permanece. Que pongas la que está dentro afuera ó la de arriba abajo, es igual, el monton queda el mismo, sus partes son iguales, y para formar un todo sin vida no tienen necesidad de ser diferentes ni de agruparse de este ó del otro modo; todas pueden ocupar el lugar de cada una, sin que el todo varíe: como el monton no tiene vida, no necesita ninguna especie de organizacion.

Si en vez de una porcion de tierra coges un árbol y haces una operacion análoga á la anterior y le vuelves lo de arriba abajo y lo de fuera á dentro y le trituras y confundes sus partes, el árbol muere: como tenia *vida* tenia *organizacion*; las hojas, las raices, el tronco, tenian cada cual su forma y su destino, no eran iguales; contribuían igualmente á la vida de la planta, pero desempeñando funciones diferentes.

Si de la planta pasas á un animal, cuanto mas perfecto, menos homogéneo; es decir, mas desiguales son las partes que le componen, menos puedes sustituir unas con otras y alterar á tu arbitrio su modo de ser sin que perezca.

Nota la gradacion. El monton de tierra sin organizacion ni vida tiene sus elementos *agregados* superpuestos; pueden cambiar de posicion á tu voluntad; la posicion de las partes absolutamente iguales no altera la esencia del todo. El árbol puedes todavía podarlo, serrarlo, aún retoñará; con precauciones puedes introducir en tierra las ramas, que echarán raices, y poner al sol las raices, que echarán hojas; puedes variar mucho de su forma sin destruirle. El animal,

cuanto mas perfecto, es menos modificable á voluntad, y al hombre, por ejemplo, no puedes deformarle á tu capricho, ni mutilarle, sin que perezca.

Vemos pues que á medida que la *vida se eleva*, la *organizacion se complica*, necesita *mas* condiciones invariables y se presta *menos* á ser modificada por la voluntad del hombre. El conjunto de las condiciones sin las cuales muere el animal ó la planta, es *la ley necesaria de su vida*: la Sociedad la tiene tambien, y es locura querer prescindir de ella.

El niño, el adulto, el anciano, la mujer, el temerario, el prudente, el débil, el fuerte, el cruel, el compasivo, el pródigo, el económico, el veleidoso, el perseverante, el holgazan, el trabajador, el inteligente, el estúpido, elementos son bien distintos que no pueden sustituirse unos por otros; la variedad infinita de inclinaciones y aptitudes de los miembros que componen el cuerpo social, que llenan funciones diversas, prueban con evidencia que la sociedad es un sér organizado como el animal, y no un agregado de moléculas como el monton de tierra. Prueba en el cuerpo social á sustituir la accion de agentes diversos; á que el hombre llene las funciones de la mujer, el ignorante las del sábio, el criminal las del ciudadano probo, y la sociedad perece, ni mas ni menos que un hombre á quien se quisiera hacer respirar con el estómago y digerir con el pulmon. Esto quiere decir que la sociedad, como todo organismo, tiene condiciones de existencia, tiene ley. Las condiciones de vida de la sociedad son las mismas que las de los individuos que la componen, y pueden dividirse en tres grandes grupos:

Condiciones materiales.

Condiciones morales.

Condiciones intelectuales.

Para tratar de ellas aunque sea muy brevemente, necesitaríamos mas espacio del que hoy tenemos, por lo cual es necesario cortar esta carta cuya conclusion verás en el próximo número.

*Concepcion Arenal.*

## LA CAMPANA Y LA CAMPANILLA.

### I.

¿Habeis reflexionado alguna vez, queridos lectores de la VOZ DE LA CARIDAD, sobre lo que hay de prosáico ó de sublime en una campana?

Materialmente considerada no es mas que un pedazo macizo de bronce ó de cobre que choca con otro cóncavo del mismo metal;

choque impulsado quizás por un vulgarísimo sacristan ó por un chiquillo estúpido y que produce un sonido inarmónico é insoportable á corta distancia.

Pero oida la campana desde lejos, en ciertas horas, en determinadas situaciones, en una predisposicion particular del espíritu, ¡qué impresiones tan tiernas y tan profundas puede producir á nuestro corazon, si este se halla abierto para recibirlas y sentir sus efectos!

Eco misterioso de voces que no tienen otro modo de manifestarse, de sucesos que pasan á larga distancia, de pasiones, de goces, de penas, de alegrías, de tristezas, que siente todo un pueblo, la campana viene á ser como el grito concentrado de ese mismo pueblo, que se encarga de publicar sus emociones y de hacer que lleguen á noticia de todos, hasta de los viajeros que se acercan á su recinto.

Estas ideas me recuerdan las que tuve hace ya algunos años á la caida de una hermosa tarde de otoño, viajando á caballo por las encrespadas sendas de la serranía de Ronda. Descendíamos á paso lento la peligrosa cuesta llamada con grande exactitud *la cuesta del morir*, entre Benadalid y Benalauría; el sol se ocultaba majestuosamente por las montañas vecinas; aspirábamos el ambiente embalsamado del bosque, y por todas partes reinaba una calma deliciosa y un silencio que convidaba á la concentracion del espíritu.

Nuestra caravana se detuvo junto á una fuente, en sitio intermedio entre ambos pueblos, para dar un ligero descanso á los caballos, y me llamó entonces la atencion una modesta ermita que habia enfrente de nosotros sobre un picacho pintoresco y elevado. De repente oimos sonidos lejanos de campanas, pero de muy diversa clase.

Percibíamos débilmente las de Benadalid, que doblaban á muerto, y en efecto, al pasar por aquel pueblo habíamos visto preparativos de un entierro. Aquella campana, pues, parecia decirnos con su monótono sonido que un hombre habia desaparecido de la tierra, que su alma habia pasado ese misterioso tránsito de la vida á la muerte, que una familia lloraba, que un sacerdote rezaba y que el sepulturero abria una fosa: suceso ordinario, frecuente, conmovedor, y que pasaria sin embargo desapercibido todos los dias ante el proverbial aturdimiento de las gentes, si no viniese á recordárnoslo la campana con su lúgubre tañido.

Casi al mismo tiempo oimos otro sonido de campanas por la parte opuesta, no ya acompasado y lento sino bullicioso y atronador. Eran las de Benalauría, pero en son de fiesta. Parece, segun supimos, que el gobernador de la provincia viajaba tambien por allí; en el pueblo lo sabian, le esperaban y le hacian esa demostracion de bienvenida.

Entre tanto la campana de la ermita que teníamos al frente empezó también á tocar, á rosario segun nos dijeron; y en efecto, varios aldeanos, al oír este llamamiento, se encaminaban por los senderos que conducian á la altura donde estaba aquel pequeño templo.

¡Qué contraste! pensaba yo á mis solas. ¡A nuestra izquierda la campana triste de la muerte, á nuestra derecha la campana alegre de la fiesta; y allí arriba, á nuestro frente, la campana tierna que llama á la oracion!....

Tan diversos sonidos, voces de significacion tan distinta, aunque de naturaleza material tan semejante, parecian advertirnos cuán mezcladas andan en el mundo las alegrías y las penas, y cómo por encima de alegrías y de penas, como presidiendo á todo, como dominándolo todo, sobresale y resuena la voz religiosa, por débil que parezca, cual sobresalia la cruz y la campana modesta de la elevada ermita sobre los campanarios de Benadalid y Benalauría.

La campana, en efecto, es dócil palabra para todas las manifestaciones.

¿Se trata de honrar á Dios con las tiernas prácticas del culto católico? Las campanas se encargan de anunciarlo, de llamar al pueblo y de publicar que allí, á su inmediacion, dentro del templo cristiano, van las criaturas á hacer á su Criador fervorosas demostraciones de súplica, de gratitud y de adoracion.

¿Hay una fiesta popular, un regocijo público por cualquier motivo? Pues las campanas son los heraldos encargados de pregonarle y que parecen querer imponer á todos la obligacion de tomar parte en el festejo, contribuyendo á la alegría general con la particular de cada uno.

¿Amenaza al pueblo un enemigo exterior ó estalla una insurreccion en el interior? La campana toca á rebato, como grito alarman- te de centinela que avisa la aproximacion de los enemigos, ó como cómplice inconsciente de los insurrectos que utilizan esa voz de metal para hacer con ella imponente acompañamiento á los gritos de la sedicion.

¿Hay fuego en una casa? Deber es de todo vecino acudir al socorro de sus habitantes para atenuar los estragos del incendio y contener sus progresos. ¿Quién los convocará con la perentoriedad que se necesita? ¿Quién dará el grito de alarma? La campana con el sonido acompasado que todos conocemos.

Un viajero se ha extraviado en noche oscura y en pais desconocido; cércanle peligros de todas clases; desfallece de cansancio y de temor. De repente aplica el oído al viento; percibe el sonido lejano de una campana: reanimase como impulsado por fuerza magnética:

hay poblacion cerca; siguiendo ese sonido bienhechor hallará albergue, descanso y defensa. La campana le ha salvado.

Tal es la campana; signo de civilizacion, voz de fraternidad y de amparo. Cuando el fervor religioso de los siglos pasados edificaba esas cartujas, esos monasterios, esas abadías, que aún admiramos en sitios desiertos, como lugares alejados del mundo para consagrarse á la contemplacion mística del cielo, los monjes no rompian por completo la comunicacion con el mundo exterior; quedaba una campana en la puerta ó en lo alto de la torre, con la cual parecian querer decir á sus hermanos de la sociedad: «Aquí estamos para cuando necesiteis de nuestros auxilios ó para cuando vosotros necesiteis de nuestro retiro; la campana os guiará para descubrirlo.»

## II.

Tal es la poesía de la campana. Pero ¿y la campanilla? ¿Qué poesía cabe en ese pequeño y vulgar instrumento?

¡Oh! la tiene ciertamente, aunque funciona de un modo tan mecánico en el interior de nuestras casas. No es ya la voz de un pueblo; es la medida del tiempo y el llamamiento de un hermano nuestro; campanilla del relój de pared; campanilla de la puerta de la propia casa.

El relój señala las horas por medio de campanadas, que oimos generalmente con la mas completa indiferencia; si algo nos afecta, es porque nos hace ver que es hora de comer, de salir, de despertar ó de dormir. Y sin embargo, esos sonidos ordenados, esa voz automática del relój tiene otra significacion mas profunda, que nos debia impresionar hondamente si supiéramos comprenderla. El relój es la medida del tiempo. Da la hora de las seis, por ejemplo; esas seis campanadas nos dicen con voz terrible que tenemos ya una hora menos de existencia. ¡Tanto como amamos la vida, tanto como nos afanamos por disfrutar sus goces, tanto como sentimos perderla cuando nos amenaza un golpe mortal, y tan poco caso como hacemos de la advertencia continua del relój, que nos está gritando!: «Una hora menos de vida; una hora mas de camino andado para la muerte!...»

Queda finalmente otra campanilla, que parece completamente material, y es la de la puerta de nuestra casa, que oimos cincuenta ó mas veces al dia sin darla la menor importancia. Su sonido agudo y penetrante nos anuncia una visita. ¿De qué género será? ¿Persona querida ó indiferente? ¿Mensajero de fortuna ó portador de malas nuevas? Todo es posible y todo sucede á veces.

Pero puede ser tambien un desgraciado que pide socorro ó al menos consuelo ó siquiera simpatía. Cuando esto sucede, si nos sor-

prende en un momento malo, solemos despedirle mas ó menos bruscamente, negándole socorro, consuelo y conmiseracion: el infeliz se marcha con una esperanza menos y con una amargura mas. Cuando esto se repite dos y cuatro y mas veces, la desesperacion puede agotar sus fuerzas y su razon, y todos los que hemos contribuido á formarle esa desesperacion, tendremos una parte de responsabilidad moral de sus consecuencias.

¡Oh! no desoigamos ni rechazemos al que llama á nuestra puerta: lo hace obligado por la necesidad. Si no podemos darle socorro, démosle al menos consuelo y muestras de benévola simpatía: consolar al triste es obra de misericordia. Pensemos que algun dia podemos tener que llamar á otra puerta en demanda de apoyo tambien, y no podríamos quejarnos de recibir el mismo desengaño que hemos dado al desventurado que acudió á nosotros. Pensemos, en fin, que si la campanilla puede anunciar un mensajero de buenas nuevas, no es buen precedente para merecer esa fortuna el rechazar con dureza al que vino á buscar nuestra compasion en el dia de la desgracia.

Antonio Guerola.

## LA IGNORANCIA.

---

No son muchos los principios en que los hombres están conformes: uno de los en que mejor concuerdan es en reconocer que la *ignorancia* constituye un gravísimo mal para el individuo y para la sociedad. Si descontamos algunos pocos misántropos y escépticos, que se han empeñado en maldecir de todos los progresos humanos, celebrando la vida salvaje de las primeras edades, y tal cual fanático, que se obstina en mirar la ciencia como enemiga de la fe, la generalidad de los escritores y de las gentes que raciocinan están unánimes en condenar la *ignorancia* crasa y supina del pueblo y en desear que se le dé la instruccion conveniente. Pero despues de esta unísona convencion, como si los hombres se sintieran apesadados de fastidio ó ansiosos de lucir su personal criterio, al tratar de cómo, cuándo, en qué medida y de qué manera se ha de instruir á la niñez, surgen diferencias, pululan los sistemas, vienen como llovidos los métodos y no es facil escoger entre tantas ideas, elevadas en nobles impulsos hasta las mas bellas utópias. Desde la modesta aspiracion de que todos aprendan á leer, escribir y contar correctamente, con la educacion moral y civil, que necesariamente ha de acompañar á la asistencia por algunos años á la escuela; desde ese primer alimento del espíritu, hasta querer que sean

mniscios todos los jóvenes, ó eruditos á la violeta como diria Caldoso, no hay escala ni grado que deje de proponerse, ya por hombres serios, ya por soñadores dispiertos.

Con ser yo muy devoto de la ciencia, predicador de la enseñanza general, gratuita y obligatoria, y acérrimo defensor de las escuelas, de los maestros, no llevo mi pasion hasta el punto de creer tan fácil y segura, como otros, la universal ilustracion. Tengo por un deber sagrado de todo gobierno, de toda autoridad, de toda persona influyente, el procurar la mayor instruccion posible á todos los ciudadanos; aquella al menos que parece indispensable para que el individuo sepa hacer uso racional de sus facultades en provecho propio y de la pátria. La caridad, que es el amor del prójimo, no se limita á desearle el bien del cuerpo, sino del alma. Pero juzgo que raya en quimera utópica el pretender que todos los habitantes sean doctos y sábios, porque se oponen á ello la capacidad individual respectiva, la necesidad de buscarse la subsistencia, alimento y abrigo por medio del trabajo corporal diario, y otra porcion de causas, que no es ocasion de examinar. Por consiguiente, la aspiracion sensata, justa, lógica y humanitaria es, que la totalidad de los asociados, además de hablar y entenderse de viva voz con sus conciudadanos, sepan comunicarse por la escritura y adquieran aquellas nociones de moral y civilidad, que justifican el título de pueblos cultos; porque la *ignorancia* de los primeros elementos causa mil perjuicios, es un cáncer que hace deforme y repugnante al individuo, lepra que produce la degeneracion de las familias, miasma que vicia y descompone las naciones.

Un hombre *ignorante* dificilmente puede ser completamente bueno, ni bajo el criterio religioso, ni en la acepcion puramente mundana. ¿Cómo ha de sentir una persona iletrada y sin doctrina los sublimes impulsos de la virtud, con la fuerza y uncion que los concibe la ilustrada? A lo que debe agregarse que la humanidad tiene un espíritu limitado, sujeto al imperio de las pasiones, lo cual acrecienta el interés de instruirlo, para que no caiga en alguno de los extremos á que conduce la falta de saber. Diariamente observamos que un *ignorante* sostiene con teson irreducible hechos completamente absurdos y admite como verdaderas falsedades notorias; mientras que ese mismo hombre resiste á creer hechos reales y verdades inconcusas. ¿Como tal aberracion? Facilísimamente. Sin conocimiento de los principios no puede tenerse de las cosas: con muy reducida esperiencia no hay caudal de datos para juzgar: quien desconoce lo que la sabiduría de los siglos ha convertido en axiomas y bases de conducta, está falto de medios para obrar bien, no puede

ser buen ciudadano, ni buen cristiano y espuesto está á estraviarse en cualquiera direccion, por torcida que sea. ¿Quién no ha visto el fenómeno moral de reunirse en un individuo la credulidad mas estúpida y la incredulidad mas tenaz? El *ignorante* niega lo que no entiende, y acepta todo lo que lisonjea sus instintos y apetitos.

La historia nos ha trasmitido el hecho de aquel príncipe de Siam, que oyendo á un enviado veneciano que en su patria no habia Rey, soltó una carcajada descompuesta, espresiva de lo absurdo que le parecia el aserto; y el de otro príncipe del Pegú, que no pudo comprender ni creer lo que le contaba el embajador de Holanda, que en su pais se ponía el agua tan dura con el frio, que se cruzaban los rios y lagos con seguridad por gentes á pie, por caballerías cargadas y por carruages de gran porte. Al contrario, hombres y pueblos han dado asenso y acogido con avidéz los anuncios mas estúpidos y las predicciones mas extravagantes.

Y no hay que apelar á los tiempos pasados para encontrar ejemplos de lo que estravian y perjudican á los pueblos la *ignorancia* y las preocupaciones necias; contemporáneos los tenemos repetidos y notables. Gentes que no admiten el movimiento de la tierra, prestan fe ciega á los pronósticos calendarieros de un ignorante vesánico; personas que recelan de los consejos de un sábio educador, aceptan con entusiasmo las palabras de un charlatan; hay, en fin, quien no cree en Dios, y cree á pie juntillo cuanto oye á un orador de club, lo que se lee en un cartel de gruesos caracteres ó en una hoja anónima y clandestina.

Contra estas perturbaciones de juicio, contra estas debilidades de la razon, dañosas á quien las padece y perniciosísimas á la comunidad, es el mejor remedio la educacion del pueblo, las buenas escuelas de párvulos, de niños y de adultos, en donde no se enseñe lo que favorece las malas pasiones y los instintos brutales, sino lo que los modera, suaviza y ordena, encaminándolos al recto uso que la filosofía y la religion aconsejan de consuno; escuelas en donde se inculque á los educandos, que al lado de los derechos legítimos que tienen, están los deberes no menos sagrados hácia los demás; y que si quieren que su autonomía se respete, hay que empezar por respetar la de los conciudadanos, igual á la nuestra, y el derecho de todos juntos, superior y mas valedero.

Ama á tu prójimo como á ti mismo; no hagas con él lo que no quieras se haga contigo, son las máximas saludables que conviene inculcar en el corazon de la juventud, y no llenar su cabeza de viento con derechos absolutos, que de hecho nadie ejerce, indiscutibles é ilegislables, adjetivos cuya impropiedad evidencian los mismos pane-

giristas, discutiendo y legislando acerca de ellos, y conculcándolos siempre que les conviene.

Solamente por un estravío mental se puede pretender en España que en las escuelas primarias deje de enseñarse la moral cristiana, á pretesto de la libertad de conciencia. ¿Qué eleccion de creencia religiosa cabe en un chico de seis años? La hará su padre, se contestará. Pues yo replico, que segun los principios de los nuevos apóstoles es una tiranía del padre ó del tutor el obligar á los menores inconscientes á que sigan esta ó la otra creencia. Además, ni párvulos ni adultos podrán escoger doctrina religiosa, si no existen escuelas donde se esplique la que los gefes de familia prefieran. Luego si no la encuentran en la enseñanza oficial, tendrán que hacer una de dos cosas; ó irán á pedírsela á los curas y resultará lo contrario de lo que se pretende, ó tendrán que convertirse los padres en maestros, y los pedagogos retribuidos estarán de mas; porque lo propio que de los sistemas religiosos puede decirse de los sistemas y escuelas de los otros ramos de enseñanza.

Por consecuencia de lo indicado, y como medio práctico de atacar la *ignorancia*, compañera de la inmoralidad de los pueblos, concretaré mi pensamiento en favor de la enseñanza, que nos dé ciudadanos de buena conducta y costumbres. Entiendo que conviene:

1.º No dar á la instruccion primaria tanta estension, que, por diluida y ligera, deje de ser sólida la parte esencial de ella. Los talentos sobresalientes que pueden abarcar mucho, no han de dar la norma de lo que conviene á la mayoría de los discípulos.

2.º Inculcar en los ánimos á toda hora y en todos los tonos que si el ciudadano de un pais libre tiene derechos indudables, está obligado á modificarlos en lo que puedan ofender al derecho ajeno, sacrificando parte de ellos, la menor posible segun el legislador, en beneficio de la sociedad que le protege y ayuda. Le da á la patria comun la quinta parte de sus productos su brazo y su sangre para su sosten é independendencia, ¿y ha de escatimarle cosas menos esenciales?

3.º Enseñar la doctrina cristiana, que es la moral universal, la que profesa el pueblo español, sin perjuicio de que los niños cuando sean mayores adopten la creencia que les parezca. Se censuró la violencia hecha años atrás en Italia al niño Mortara y á sus padres; pues la lógica exige que se respete la voluntad de los que mandan á los hijos á la escuela católica, como lo ha sido hasta aquí.

Sin estas bases, sin eficaz remedio contra las pasiones, ni habrá caridad, ni heroismo, ni amor pátrio, ni civilizacion verdadera. Si Dios, que es caridad, nos dejó el libre albedrío, respetemos el albe-

drío de los padres de familia. Si apelamos á la mayoría para gobernar, ¿cuántos padres piden contra la enseñanza religiosa?

Barajas de Melo 20 de junio de 1873.

*Fermin Caballero.*

## LA MUJER DEL OBRERO.

Que las mujeres, generalmente hablando, valen mas que los hombres, es una verdad que todos debemos reconocer, padezca ó no en ello nuestro amor propio. Aunque en esto haya escepciones, que no negamos, sabido es que en buena lógica la excepcion justifica la regla general en vez de destruirla.

Pero si esto es indudable en la generalidad de las mujeres, resalta mas en las de la clase obrera, al menos en comparacion con otras mas elevadas y sin esceptuar tampoco á estas del principio general que hemos sentado.

Las pobres mujeres de los obreros no salen á la calle á gritar y turbar el orden, y acreedoras son á que las juzguemos con benevolencia, penetrando en el hogar de la familia que presiden y dirijen, para saber y apreciar lo que allí pasa. Hoy se habla y se discute mucho sobre la situacion de los obreros: concretemos prácticamente por un momento esa cuestion, limitándola á las esposas, las madres y las hijas de esa misma clase.

El obrero sale de su casa al amanecer; pasa todo el dia en el trabajo; se distrae; respira otro ambiente que el de su pobre morada; habla con sus amigos; ve otras gentes, y toma parte mas ó menos activa en la animacion de la vida de los pueblos civilizados. En los dias de fiesta ó de descanso tiene abiertos para su distraccion el café ó la taberna, el club ó la escuela, el periódico ó la conversacion, y quizás tambien las corridas de toros ú otras diversiones compatibles con sus recursos. Así pasa los dias de trabajo y de fiesta; y cuando vuelve á su casa por la noche, es para buscar la comida y el sueño.

¡Cuán diferente es la existencia de la mujer del obrero! Vive generalmente en habitacion estrecha, mezquina, cuando no es insalubre, lóbrega y súa. Allí desde que se levanta tiene que arreglar todo el menage de la familia: siendo á un mismo tiempo ama, criada, esposa, madre y quizás obrera, cada uno de estos diversos caracteres le impone distintas tareas, pocas agradables y casi todas penosas. Con escasos recursos, que son la parte del jornal que le da su marido, ha de atender á la manutencion de la familia, principian-do por comprar y guisar la comida: si tiene hijos, los ha de lactar, vestir, asear, remendar la ropa, y aplicar á ellos todos esos cuidados, toda esa vigilancia que ninguna ley civil prescribe, pero que exige imperiosamente la ley santa del cariño maternal. Si la buena esposa del obrero es recomendable, la madre de sus hijos lo es mucho mas. Cuando mas necesita recibir cuidados ajenos, tiene que aplicar los suyos al hijo recién-nacido. En esos dias del puerperio, en que la vida corre tan gran peligro, la pobre madre, apenas repues-

ta, tiene que emprender el curso ordinario de las tareas de la casa; y mientras con un brazo sostiene y aplica el pecho á su tierno hijo, con el otro atiende á todo.

Todavía estas ocupaciones serian menos penosas y hasta soportables con alegría y animacion, si no fuesen acompañadas del temor por el porvenir. No bastan los cuidados del dia presente: hay que pensar en las necesidades del dia de mañana y en los peligros de que sean mayores que los recursos. La ropa se deteriora; los comestibles encarecen; el casero es inexorable; el panadero y el tendero no quieren fiar; los niños crecen y necesitan instruccion; finalmente, todas las rentas de la familia consisten en el jornal del gefe de ella, y ese jornal con la mayor facilidad puede cesar ó disminuir por las mil causas que afectan á la industria ó por una enfermedad del mismo obrero. Todas estas penalidades pesan sobre la familia, pero mas particularmente sobre la mujer. El marido delega en ella el gobierno económico de la casa, porque estando todo el dia ausente en el trabajo, no tiene tiempo de ocuparse mas que del trabajo mismo.

Acaso se dirá que estas son penalidades inherentes á toda mujer en mayor ó menor escala; que mientras el hombre trabaja fuera para el mantenimiento de la familia, preciso y natural es que la mujer trabaje con igual objeto dentro de la casa en las tareas domésticas.

Todo esto es verdad, pero no altera la exactitud de las observaciones que vamos haciendo. Por lo demás, el principio no es tan general á toda clase de mujeres, y por eso queremos hacer resaltar lo que hay de mas meritorio y de mas digno de compasion en las mujeres de los trabajadores. En las de otra posicion mas elevada, aunque no lo sea mucho, esas tareas domésticas van alternadas ó acompañadas de cierta consideracion social que todo lo endulza, de atenciones especiales que todos tributan al sexo débil y hermoso, y hasta de distracciones en paseos, teatros y otros placeres lícitos. Casi nada de esto alcanza á la pobre mujer del obrero, siempre encerrada en su pequeña habitacion, cual reclusa voluntaria, deslizándose su vida monótona en medio de tareas, de angustias y de cuidados.

Lejos de nosotros la idea de querer despertar en esas mujeres la ambicion y la envidia; al contrario, no nos cansaremos de recomendarles la resignacion. Quizás con ella, en medio de su trabajosa existencia, sean mas felices que las damas opulentas que viven entregadas al fastidio de la indolencia ó á los goces efímeros de la vanidad y del placer, porque como dijo un filósofo poeta:

Se a ciascum l'interno affanno,  
Si leggesse in fronte scritto,  
¡Cuanti mai ch' invidia danno  
Ci darebbero pietá!.....

Lo que queremos es llamar la atencion y escitar el interés de las personas pensadoras hácia esas mártires modestas del pobre hogar doméstico, que tan dignas deben ser de nuestras simpatías, cuando llenan debidamente sus oscuros y difíciles deberes de familia.

Pero no es una simpatía estéril la que queremos despertar, sino simpatía de caridad. Sabido es que esta virtud no consiste solo en dar limosna á un desvalido ó visitar un enfermo pobre: caridad y

muy apreciable hay en todo bien que se hace al que lo necesita. Bajo este supuesto, el que se ocupe algo de las familias de los obreros, el que aliente y ayude á esas valerosas madres y esposas con el consejo, con el pequeño préstamo, con la recomendacion y sobre todo con las demostraciones de benévola simpatia para borrar distancias por medio del afecto en vez de crearlas por medio del orgullo, el que eso hace con buen deseo, ejerce una caridad de las mas provechosas.

Ha hecho fortuna, y con razon, aquel dicho del gran estadista inglés Lord Palmerston de que si en vez de hablar tanto de la felicidad del género humano, cada hombre se ocupase de la de otro hombre tan solo, la sociedad sufriría la mas satisfactoria trasformacion sin necesidad de violencias ni revoluciones. Pues bien; sin entender tanto la idea decimos nosotros, aplicando esa máxima, que si cada familia rica se encargase, no de mantener sino de proteger y apoyar á otra familia obrera, de animarla en sus afanes, de consolarla en sus desgracias, de aconsejarla en sus conflictos, y aun de socorrerla en las épocas transitorias de miseria; de hacer, en fin, lo que en el lenguaje popular de Andalucía se atribuye al protectorado del *padrino*, ¡cuánto bien resultaría para la poblacion trabajadora y cuánto mejorarían sus relaciones con el propietario y con el fabricante!.....

Y no se crea que semejante protectorado sería una carga muy pesada, que se añadiría á las que ya tienen las clases elevadas bajo el punto de vista de la misma caridad y tambien por otros conceptos. No: téngase presente que no se trata de pobres inválidos á quienes hay que darlo todo, sino de menestrales que tienen recursos propios con el trabajo de sus manos y que solo necesitan algun auxilio en los dias de conflicto y algun afecto en todas las situaciones de la vida, para que sea una verdad práctica aquello de que todos somos hermanos; hermosa frase que hoy proclaman como cosa nueva los modernos reformadores socialistas, olvidando que la proclamó hace 19 siglos el divino reformador Jesucristo.

Por lo demás, si estas ideas se miran por algunos como utopias y sueños de una filantropía exagerada, mas vale soñar en el mejoramiento de la suerte de las clases obreras y sobre todo de las mujeres obreras por estos procedimientos sencillos, fáciles y cristianos, que no perturbar su entendimiento con aspiraciones indiscretas, que pareciendo tener un fondo de justicia laudable, descubren, si bien se las analiza, otro fondo temible de envidia rencorosa, que á nada bueno puede conducir.

Antonio Guerola.

## A UNA ALMA.

¡Muda, lóbrega, aterida,  
Quien indiferente encierra  
Los muertos que eran tu vida?  
La tierra.

Ante los yertos despojos  
Y en profundo desconsuelo,  
¿A dónde vuelves los ojos?  
Al cielo.

¿Quién escucharte rehusa?  
¿Quién al condenarte yerra  
Y sin derecho te acusa?  
La tierra.

¿Qué ley invocas propicia?  
En acongojado anhelo,  
¿A quién demandas justicia?  
Al cielo.

¿Cuál es el lóbrego imperio  
De la iniquidad que aterra,  
De la duda y del misterio?  
La tierra.

¿Quién la voz doliente escucha?  
¿Quién es la verdad sin velo  
Y la perfección sin lucha?  
El cielo.

¿Cuál es para ti un desierto,  
O entre abismos fría sierra  
Donde vas con paso incierto?  
La tierra.

Y cuando pierdes la vía  
Exánime por el suelo,  
¿Quién fuerza te manda y guía?  
El cielo.

¿Dónde atribulada gimes?  
¿Quién hace traidora guerra  
A tus impulsos sublimes?  
La tierra.

¿Quién del combate la palma,  
Quién exenta de recelo  
Paz te dará y dulce calma?  
El cielo.

Tu aspiración infinita,  
¿Quién entre cadenas cierra  
Y te persigue proscrita?  
La tierra.

¿Dónde, pobre desterrada,  
Hallarás dulce consuelo?  
¿Cuál es tu patria adorada?  
El cielo.

Esta angustia y este anhelo  
Y esta lucha y esta guerra,  
¿Qué te dicen?—Que la tierra  
Es el camino del cielo.

*Concepcion Arenal.*